

El Fundamentalismo Islámico

¿Una Nueva Amenaza para Occidente?

Brigadier José Cerda Bozzo, Ejército de Chile

Tomado de la revista *Memorial del Ejército de Chile*, Edición N° 460/1999.

AUNQUE ha estado dando vueltas a la tesis casi cuatro años, fue recién en 1996 cuando Samuel Huntington publicó la versión más refinada de su visión de los conflictos mundiales que, asegura, estará signada por el golpe de civilizaciones.

El cientista político estadounidense escribió: “En el mundo de posguerra fría las banderas mundiales importan, como importan otros símbolos de la identidad cultural, incluyendo las cruces, las medias lunas y aun los tocados de cabeza, porque la cultura cuenta y la identidad cultural es lo más significativo para la gente.”

Huntington completó este pronóstico afirmando: “En este nuevo mundo los conflictos más importantes y peligrosos no serán entre clases sociales, ricas y pobres, u otros grupos económicamente definidos, sino entre pueblos pertenecientes a distintas entidades culturales”.

Los escenarios postulados por Huntington aún suscitan críticas y escepticismo, pero la primera semana de abril de 1997 vio a la Unión Europea avanzar hacia la generación de un clima propicio para que aquéllos se verifiquen.

En efecto, amenazas de ataques suicidas, manifestaciones multitudinarias, condenas airadas y discursos desafiantes fueron las respuestas iraníes a la decisión europea de lanzar una guerra diplomática contra el régimen de Teherán.

La iniciativa europea respondió a un fallo de la justicia alemana, que acusó a la más alta cúpula del poder iraní de terrorismo de Estado y violación del derecho internacional, en el marco del proceso Mykonos.

En septiembre de 1992, cuatro disidentes iraníes fueron asesinados a balazos en un restaurante llamado Mykonos. Después de tres años de juicio, la Corte Suprema berlinesa acusó al Gobierno de Irán de ordenar el asesinato, en un fallo sin precedentes. A lo anterior se sumó la Comunidad Europea, la que advirtió a Irán que

no toleraría ninguna acción contra Alemania o intereses europeos.

Con este clima se puede hacer cualquier cosa, menos subestimarla, porque la tormenta que promete es de verdad global, algo que quizás hasta Argentina haya comprobado en dos ocasiones.

Aun en su esencia el problema es en extremo complejo pues confronta —y no sólo como metáfora— la visión que tiene Occidente del orden internacional, del que es y del que debería ser, con la del régimen teocrático, esto es controlado por su clase sacerdotal de Irán.

Para que los detalles no oculten lo importante del problema, conviene presentar sus pasos de la siguiente manera:

- La corte alemana presentó por primera vez en Europa, aunque sin nombrarlos, a los Ayatolas Alí Jamenei, líder espiritual iraní, y hasta Hasheimi Raftanjani, Presidente de Irán, como integrantes de un misterioso Comité de Operaciones Especiales que desde Teherán libra una suerte de guerra santa secreta, planificando desde asesinatos individuales a crímenes masivos en todo el mundo.

- El Comité no es un dato nuevo. Desde la década pasada ha figurado en muchas de las denuncias de EE.UU. e Israel contra el régimen de Teherán, al que responsabilizan de ser, junto con Libia y Siria, uno de los principales promotores de una política de terrorismo estatal.

- Sin embargo, la Unión Europea, muy especialmente Alemania, principal inversionista en Irán, se había resistido a esta tesis, oponiendo una política denominada extraoficialmente de diálogo crítico con Teherán. En esencia, los europeos disfrazaban con la frase un conjunto de negocios redituables, pero en su aspecto político, que también lo tenía, el enfoque amortiguaba el potencial conflicto entre ambos mundos.

La Unión Europea acaba de suspender, cuando menos, esa política, y con el retiro de sus embajadores de Irán, que sus miembros decidieron después del fallo alemán, no sólo están acrecentando el aislamiento de la República Islámica, sino que están despejando el terreno de modo que Washington y Teherán pueden quedar,

La ausencia del componente religioso del comunismo de la ex URSS impide calificar al Marxismo-Leninismo como fundamentalista, aunque mantenga su carácter totalitario. Se trata de una dictadura dogmática de carácter ateo, con períodos de tiranía en la época de Stalin. El heterodoxo que no compartía la verdad oficial era un rebelde recalcitrante y debía ir castigado a Siberia o era un enfermo mental e iba a una clínica psiquiátrica. Fue un extremismo político, pero no un fundamentalismo político. Como expresa Aron: “Los despotismos del pasado invocaban una religión dada; el soviético invoca una ideología, de origen occidental, que pretende ser racional.”

en un futuro, mirada contra mirada, en el escenario internacional.

¿Potencial para un conflicto clásico, político, económico y, finalmente, militar? Por cierto que lo hay. Aprovechando las nuevas condiciones, Washington ha redoblado sus esfuerzos para sumar a la Unión Europea a las sanciones comerciales que actualmente aplica a Irán.

Sin embargo, antes de preocuparse por el escenario último, conviene hacerlo por el camino que puede llevar a esta suma de medidas políticas y económicas a la cima de esa colina de confrontación. Lo anterior, debido a que cada vez que los estadounidenses o europeos escuchan una explosión, se preguntan inmediatamente si fue una bomba iraquí o iraní. Este comentario puede ser un recurso alarmista, o puede ser un augurio.

El Fundamentalismo Islámico ¿Una nueva amenaza para Occidente?

Fue nuestra intención ubicar el desarrollo histórico del fundamentalismo y un pensador de prestigio que lo caracterizara para nuestro trabajo, pero no pudimos hacerlo: ni los diccionarios filosóficos consultados,¹ ni

los de orden general de la Lengua,² ni aun la gran *Enciclopedia Espasa Calpe* contiene algo sobre el tema; tampoco la *Historia de las Religiones de Pléiade*.³ Solamente en un diccionario de religiones existía el término “fundamentalismo” como un movimiento religioso crecido en EE.UU., alrededor de una publicación, *The Fundamentals: A Testimony of the Truth* (Los Fundamentales: Un testimonio de la verdad), entre 1910 y 1912. Este movimiento tuvo auge en 1935 con motivo del célebre juicio al maestro Scopes de Dayton (Tennessee), por el político Bryan y que dio motivo a una película, donde se discute si es lícito enseñar en las escuelas la teoría de la evolución o la narración bíblica de la creación.⁴

Por lo tanto, nos limitaremos al uso que se ha venido dando al término y a la lógica semántica.

Verdad absoluta

En primer término, fundamentalista es la persona que eleva a categoría de dogma, de verdad absoluta, lo que ella afirma. Elevar la creencia, el punto de vista o hipótesis a verdad incontrovertible lo convierte en indiscutible. Es el primer paso del fundamentalista. Pero no sólo esto: el fundamentalista no se conforma con declarar su creencia como verdad inconclusa, sino que, si puede, intenta imponerla a los demás usando coerción y aún la coacción. Éste es el peligro social del fundamentalista. Frente a una conducta semejante, el otro sólo tiene dos opciones: o acata o se convierte en transgresor. Pasemos ahora de la persona fundamentalista al fundamentalismo como doctrina. La realidad histórica señala que la propuesta conceptual fundamentalista es de naturaleza religioso-política. Es decir, el fundamentalismo debe tener siempre un sustento o apelación trascendente, ya que es de allí el dogma sagrado, de donde se extrae y en donde se sostiene el carácter fundamental, esencial de última ratio, indiscutible e intergiversable y, por ende, la justicia de la coerción y la coacción para quienes no acepten.

Ejemplo típico moderno de Estado fundamentalista fue Irán bajo Khomeini, que creó la República Islámica en 1979 y que ejecutó a miles de personas por ser enemigos de Alá. El fundamentalismo divide a la humanidad en dos: a los fieles o elegidos, y a los extraños o infieles, estos últimos condenados como herejes.

Los pueblos que no han separado el campo religioso del político tienen tendencia a constituirse, si no en estados fundamentalistas, en hacedores de políticos con características fundamentalistas, como es el caso de Israel, no sólo en el trato con los palestinos, sino en su conducta política. La revista *The Economist* comenta en un artículo, que el lado inaceptable de la política israelí es el deseo de expansión en nombre de un derecho religioso histórico. ¿Y expansión hasta dónde? El Anti-

guo Testamento podría dar a Israel el derecho hasta el río Eufrates.⁵

Religión y nacionalidad

En pueblos con tendencias fundamentalistas, la religión es un componente esencial de la nacionalidad, independiente del lugar de nacimiento común. En la antigüedad, con nómades o seminómades, el pueblo no consiste en compartir un espacio geográfico, sino en compartir la creencia de estar ligado en un trato con un mismo Dios o Divinidad.

A juicio de Adolf Lods, Israel hasta hoy, y pese a su modernidad, sigue comprometido con la antigüedad religiosa. Esta prehistoria religiosa le impide desligar la política de la religión. Sigue sin clara solución el tema legislativo de quién es judío en Israel.⁶

En 1970 se produjo un escándalo sobre el tema cuando la Corte Suprema concedió la nacionalidad a una mujer atea. El Parlamento judío como el gobierno impugnaron el fallo por considerar que religión y nacionalidad judía son términos inseparables. Posteriormente se dictó una ley que atempera el criterio ortodoxo, pero siempre dentro de la ley rabínica de que sólo es nacional judío el hijo de madre judía o converso a la religión judía.⁷ La confusión entre política y religión facilita la conducta fundamentalista del poder político y cae en actitudes totalitarias, negatorias de los derechos fundamentales de las personas.

La ausencia del componente religioso del comunismo de la ex URSS impide calificar al Marxismo-Leninismo como fundamentalista, aunque mantenga su carácter totalitario. Se trata de una dictadura dogmática de carácter ateo, con períodos de tiranía en la época de Stalin. El heterodoxo que no compartía la verdad oficial era un rebelde recalcitrante y debía ir castigado a Siberia o era un enfermo mental e iba a una clínica psiquiátrica. Fue un extremismo político, pero no un fundamentalismo político. Como expresa Aron: “Los despotismos del pasado invocaban una religión dada; el soviético invoca una ideología, de origen occidental, que pretende ser racional.”⁸

La Iglesia Católica tuvo su época fundamentalista en la Edad Media, cuando los reyes debían ser aprobados y legitimados por el papado.⁹ La influencia política de la Iglesia se ha ejercido y se ejerce siempre, pero ya no tiene el carácter coactivo que denuncia a la actitud fundamentalista.

A juicio del patriarca latino de Jerusalén, Michel Sabbah, hay fundamentalistas que tratan de monopolizar el liderazgo religioso, sean ellos cristianos, judíos o musulmanes, y agrega que los cristianos fundamentalistas de sociedades superpoderosas están llegando a Tierra Santa para tratar de imponer soluciones simplistas y respuestas fáciles que proclaman la eli-

minación de ideas, aun de seres humanos. En el judaísmo, el extremismo religioso presenta su propia vía de liberación, basada en el exclusivismo. En el Islam, el fundamentalismo se proyecta a sí mismo como una fuerza de liberación ante las injusticias u opresiones.¹⁰

La extensa reafirmación contemporánea de una identidad islámica tiene raíces complejas. Entre éstas están un sentido de vergüenza y humillación por el sumergimiento de una cultura islámica una vez orgullosa; un deseo de regresar a los valores tradicionales; una reacción a los supuestos malos efectos del dominio político y cultural occidental; y la advertida necesidad de una alternativa autóctona a las ideologías políticas importadas. Pero gran parte del impulso del fenómeno es atribuible a un deseo de gobierno justo y responsable, en lugar de regímenes corruptos y opresivos. La combinación de religión y política es característica del Islam, que no reconoce una distinción clara entre las dos.

Ideología

A las objeciones de orden sociológico y político-democráticas se oponen ideas muy profundas de orden epistemológico, ya que el fundamentalismo, al intentar imponerse arrastrando a la masa social de una nación, se presenta como ideología. La ideología es siempre un deduccionismo cognoscitivo, una simplificación cultural de la realidad, por lo que un pueblo atado a un esquema primario de creencias y valores involucrena, vuelve a su infancia, a la pura fenomenología. Atrasa el desarrollo evolutivo de un pueblo. Ya advirtió Bertrand Russell que el pensamiento-poder superior es el abstracto, el que va a las causas de los fenómenos y omite los detalles.¹¹ Más poéticamente, pero no menos acertado, el jesuita Teilhard de Chardin dice que una línea maestra de la ley de la evolución es el sucesivo enrollamiento orgánico sobre sí mismo que hace el hombre y la cultura para el desarrollo de la conciencia: a mayor complejidad, mayor conciencia.¹²

El renacimiento islámico y sus raíces

Un notable renacimiento del fervor religioso —evidente en los incrementados niveles personales de observancia devota y demandas por la islamización de la

vida pública— se ha estado produciendo a través del mundo musulmán desde los años 70, habiendo sido la Revolución Iraní de 1979, su manifestación más drástica hasta la fecha. Aunque se pueden encontrar paralelos en fases previas de la historia islámica, los medios de comunicación modernos están desplegando su instancia y multiplicando sus efectos, y algunos observadores en Occidente lo consideran una amenaza futura de proporciones significativas. Este documento examina las consecuencias políticas del renacimiento islámico y el grado hasta el cual se puede considerar, en forma justificable, una amenaza para Occidente. Se concentra en el Medio Oriente, donde el fenómeno es más poderoso, aunque muchos de los mismos factores que han promovido el extremismo en el Medio Oriente, se aplican en el Sur y Sudeste de Asia (donde vive la mayoría de los musulmanes del mundo) y en Asia Central, [aunque] el extremismo islámico, con algunas pocas excepciones, no ha surtido efecto allí.

La extensa reafirmación contemporánea de una identidad islámica tiene raíces complejas. Entre éstas están un sentido de vergüenza y humillación por el sumergimiento de una cultura islámica una vez orgullosa; un deseo de regresar a los valores tradicionales; una reacción a los supuestos malos efectos del dominio político y cultural occidental; y la advertida necesidad de una alternativa autóctona a las ideologías políticas importadas. Pero gran parte del impulso del fenómeno es atribuible a un deseo de gobierno justo y responsable, en lugar de regímenes corruptos y opresivos. La combinación de religión y política es característica del Islam, que no reconoce una distinción clara entre las dos.

Para lograr la independencia, una generación de líderes de Medio Oriente adoptó la modernización, la occidentalización (usando tanto modelos capitalistas como socialistas) y el nacionalismo árabe —a expensas de los valores islámicos tradicionales— como la ruta hacia la prosperidad y la alianza política con los grandes poderes. Pero en muchos países, las aspiraciones posindependencia se vieron frustradas por mal gobierno y las devastaciones de la explosión de la población. Muchos musulmanes atribuyen estos fracasos, en gran parte, a la adopción de ideas extranjeras, y culpan a la explotación económica y al dominio cultural, occidental y soviético, de la corrupción de la moralidad y la destrucción de la fábrica social de sociedades musulmanas. Mientras tanto, la ascensión al poder económico de los Estados musulmanes productores de petróleo predominantemente conservadores en los años 70, impulsó una nueva confianza en los valores sociales y culturales tradicionales.

En muchas partes del mundo musulmán, las condiciones económicas y sociales han permanecido estáticas o han declinado, en tanto que ha crecido la

población y han aumentado las expectativas. Con gobiernos aparentemente no dispuestos o incapaces de manejar estos problemas en forma eficaz, el mensaje del renacimiento encuentra una amplia audiencia. Su atracción es especialmente poderosa en ciudades sobrepobladas y plagadas de pobreza, donde la explosión de la población ha sobrepasado al suministro de los servicios más básicos, y en países con altas tasas de desempleo y poblaciones predominantemente jóvenes, a las cuales ofrece el tan necesario sentido de identidad y autoestima. Cuando otros canales de disidencia se han cerrado, la mezquita a menudo continúa realizando su rol tradicional como salida para la protesta y punto de reunión para la acción. Los activistas islámicos frecuentemente proporcionan servicios de bienestar (clínicas, hospitales y escuelas) para los pobres, aumentando así simultáneamente su propia popularidad realizando la insuficiencia del abastecimiento estatal. *Hizballah* en Líbano, *Hamas* en Palestina y la Hermandad Musulmana en Egipto, han desarrollado un fuerte apoyo popular a través de tales actividades.

El mensaje y sus patrocinadores

Los activistas que trabajan para un regreso a los principios islámicos (también llamados islamitas en este documento) toman como su programa un recurso a los principios coránicos y un llamado a la reforma. Generalmente, su meta es una sociedad o Estado islámico que permitiera a los musulmanes vivir más plenamente de acuerdo con los requisitos de su fe. Un punto clave es la suposición (aunque cómo se lograría, es general — y astutamente— dejado en la incertidumbre) que un Estado islámico introduciría un gobierno justo, limpio y responsable. Casi todos los grupos islamitas (siendo notables excepciones algunos en Turquía y Túnez) piden directamente la implementación de la Ley Islámica, *Shari'a*. Aunque el *Shari'a* mismo es interpretado e implementado en forma diferente en distintos lugares, algunas de sus controvertidas disposiciones penales están en pugna con las obligaciones legales internacionales y convenciones de derechos humanos. Sus restricciones a la banca y los intereses difieren de la práctica occidental, y su visión del rol subordinado de las mujeres se contraponen con las normas occidentales. Todos estos factores son fuentes de tensión en las relaciones musulmanas con Occidente.

Aunque los islamitas están claramente de acuerdo sobre los objetivos, hay opiniones ampliamente diferentes sobre cómo lograrlos. Esencialmente hay dos campos: una mayoría de activistas de la tendencia principal que buscan islamizar la sociedad por medio de la persuasión y presión pacíficas, y que trabajan dentro del sistema; y una minoría de extremistas que están preparados para usar la violencia. (Ambos tipos son

PAÍSES CON MAYORÍA MUSULMANA

ÁFRICA

- Túnez
- Marruecos
- Argelia
- Libia
- Egipto
- Mauritania
- Malí
- Níger
- Chad
- Sudán
- Etiopía
- Djibouti
- Somalia
- Senegal
- Guinea
- Nigeria

MEDIO ORIENTE

- Turquía
- Chipre
- Siria
- Líbano
- Irak
- Irán
- Jordania
- Kuwait
- Qatar
- Arabia Saudita
- Emiratos Árabes Unidos
- Omán
- Yemen

ASIA

- Kazajstán
- Uzbekistán
- Azerbaiyán
- Kirguistán
- Turkmenistán
- Tayikistán
- Pakistán
- Bangladesh
- Brunei
- Malasia
- Indonesia

PAÍSES DE MINORÍA MUSULMANA

ÁFRICA

- Sierra Leona
- Guinea Bissau
- Côte d'Ivoire
- Ghana
- Camerún
- Tanzanía
- Malawi

MEDIO ORIENTE

- Bulgaria
- Bosnia
- Albania

ASIA

- China
- India

PAÍSES CON GRUPOS ARMADOS FUNDAMENTALISTAS

- Argelia
- Egipto
- Líbano
- Turquía

CIUDADES SANTAS DEL ISLAM

- Medina
- La Meca

TEOCRACIAS: Irán, Afganistán, Mauritania, Pakistán, Arabia Saudita y Sudán.

ESTADOS CONFESIONALES: Angola, Omán, Qatar, Bangladesh, Egipto, Irak, Jordania, Kuwait, Indonesia, Libia, Marruecos, Senegal, Túnez, Somalia, Emiratos Árabes Unidos, Yemen y Turkmenistán.

ESTADOS LAICOS: Chad, Etiopía, Kazajstán, Azerbaiyán, Kirguistán, Malí, Malasia, Níger, Nigeria, Siria, Tayikistán, Turkmenistán.

fundamentalistas en el sentido de que creen en un regreso a los fundamentos de la fe musulmana, aunque el término es extensamente mal usado para señalar exclusivamente a los extremistas). Sin embargo, la gran mayoría de musulmanes, aunque a menudo devotos en forma personal, están inactivos políticamente.

El conflicto árabe-israelí es el prisma a través del cual los musulmanes de Medio Oriente, de todas las creencias, finalmente juzgan a las políticas occidentales. Los islamitas consideran a Israel como el símbolo más poderoso de la hegemonía occidental y la humillación árabe (en especial a través de su control de Jerusalén), repetidamente capaz de burlar la ley internacional porque está protegido por Occidente, y especialmente por EE.UU. Consideran el proceso de paz de Medio Oriente como una fórmula para imponer los términos de Israel a expensas de los derechos palestinos y los intereses musulmanes. Muchos de ellos estiman que los líderes de Medio Oriente que han hecho o están discutiendo la paz con Israel, han perdido cualquier demanda de legitimidad que perdure.

La mayoría de los activistas de la tendencia principal reconocen que el avance tendrá que ser gradual. Sus líderes tienden a surgir de las universidades modernas, seculares, y muchos han recibido al menos parte de su educación en Occidente. Se proponen establecer sociedades modernas compatibles con los preceptos islámicos, pero distinguen claramente entre modernización y occidentalización. En los años recientes han presionado duramente por la participación política y, donde se les permite, han hecho campaña en elecciones locales y nacionales, formando alianzas con partidos seculares de oposición y entrando a los Parlamentos (Turquía, Líbano, Jordania, Kuwait, Yemen, Pakistán, Malasia). Generalmente favorecen una economía mezclada (con énfasis en el bienestar social), la propiedad privada, un sistema bancario islámico, y afirman creer en el pluralismo político. Por ejemplo, en Turquía recientemente se ha producido una reaparición visible en la actividad política islámica, pero ello ha ocurrido en el marco del sistema secular existente, con unos pocos abogando por un cambio más fundamental.

Los extremistas tienden a tener una visión de la sociedad más estrecha y más utópica; rechazan el pluralismo político y la democracia como no islámicos, y defienden la represión de las minorías étnicas y religiosas. Consideran la violencia como herramienta legítima para derrocar regímenes injustos. Incluso donde tienen poco apoyo popular, ello no les impide continuar la lucha, y pueden causar un daño desproporcionado a los gobiernos a los que se oponen. La represión tiene una tendencia a causar que los grupos originalmente no violentos se cambien hacia la violencia, o generen ramificaciones violentas, como ha sucedido en Argelia.

Inclinación antioccidental

La estridencia del elemento antioccidental en la perspectiva islamita varía de país a país. La larga historia de antagonismo cultural, volviendo a las conquistas musulmanas de la primera época medieval y las Cruzadas, está de algún modo en el trasfondo. Pero la historia reciente es una fuente de agravio más intencional. Los islamitas recuerdan la conquista europea del siglo XIX, de virtualmente todos los países musulmanes (siendo Arabia Saudita la mayor excepción) y consideran el continuo dominio político, cultural y económico de Occidente, como una causa de origen de sus problemas internos. También consideran que el actual orden mundial, después de la disolución de la Unión Soviética y el término de la Guerra del Golfo, está inherentemente inclinado a favor de EE.UU. y otros poderes occidentales. Y están convencidos de que conflictos tales como el de Bosnia, Chechenia y Azerbaiyán, son impulsados principalmente por la hostilidad cristiana/occidental hacia el Islam.

El conflicto árabe-israelí es el prisma a través del cual los musulmanes de Medio Oriente, de todas las creencias, finalmente juzgan a las políticas occidentales. Los islamitas consideran a Israel como el símbolo más poderoso de la hegemonía occidental y la humillación árabe (en especial a través de su control de Jerusalén), repetidamente capaz de burlar la ley internacional porque está protegido por Occidente, y especialmente por EE.UU. Consideran el proceso de paz de Medio Oriente como una fórmula para imponer los términos de Israel a expensas de los derechos palestinos y los intereses musulmanes. Muchos de ellos estiman que los líderes de Medio Oriente que han hecho o están discutiendo la paz con Israel, han perdido cualquier demanda de legitimidad que perdure.

El régimen saudita ofrece una aparente paradoja. Es una monarquía conservadora, casi teocrática que adopta una estricta interpretación puritana de los preceptos islámicos —sin embargo— en crítica interna. Pero los sauditas son un caso especial. Debido a que ellos no tuvieron una experiencia directa de colonialismo, el Is-

lam en Arabia Saudita no se sigue en términos amistosos con Occidente a pesar de que cierto costo ha definido tanto como en otros lugares de Medio Oriente, por oposición a Occidente, aunque la presencia de grandes cantidades de tropas occidentales durante la Guerra del Golfo, ha ayudado a estimular cierta oposición latente. El Gobierno saudita apoya y financia instituciones y organizaciones religiosas sunnitas en todo el Medio Oriente y más allá, principalmente para promover la imagen de Arabia Saudita como principal defensor del Islam. Pero este financiamiento no tiene la intención de apoyar a los radicales (por quienes la misma Cámara de los Sauditas se siente amenazada), aunque ocasionalmente los fondos pueden caer en manos equivocadas. Aunque algunas de las manifestaciones más extremas del Islam en Arabia Saudita, tales como su cruel código penal y la represión de las mujeres, han causado tensiones con Occidente, su ejemplo muestra que el Islam fundamentalista no necesita, en todas sus formas, oponerse a los intereses occidentales.

Movimientos y regímenes extremistas

En forma más típica, sin embargo, los movimientos y regímenes extremistas son, con virulencia, antioccidentales, considerando los valores y políticas occidentales como producto de una ideología hostil, y resistiéndose a la oposición occidental a su aparición y apoyo a los regímenes a los que se están oponiendo o han conquistado. Estos movimientos y regímenes son el foco de las preocupaciones occidentales acerca de la aparición del radicalismo islámico. El régimen eclesiástico en Irán ocupa un lugar propio en este aspecto, habiendo llegado a representar todo lo que Occidente más teme y le disgusta: el radicalismo islámico. Aunque su comportamiento se ha moderado con el tiempo, y gran parte de su política externa se basa en una afirmación pragmática de los intereses nacionales, mantiene mucho de su estridente retórica revolucionaria antioccidental. Ayudó a la toma de rehenes en el Líbano en los años 80; continúa convirtiendo en su objetivo a los disidentes fuera de sus fronteras; da apoyo moral y material a los grupos violentos que se oponen al proceso de paz de Medio Oriente y a los gobiernos prooccidentales, y sigue vigente la pena de muerte para Salman Rushdie (autor de *Los Versos Satánicos*). Hasta ahora, el único país con un régimen islámico extremista es Sudán, donde el Frente Islámico Nacional (FIN), que ha dominado el gobierno desde 1989, está comprometido a promover el Islam como una fuerza religiosa y política, especialmente a través de África. Sudán tolera la existencia en su tierra de campos de entrenamiento para grupos insurgentes islámicos que están combatiendo a los regímenes en Medio Oriente, África del Norte y el Cuerno.

Hay extensos temores de que pronto podría surgir otro régimen islámico extremista en Argelia, donde un tiránico gobierno está combatiendo a las fuerzas de un movimiento islamita que fue despojado de la victoria en una elección de 1992. El conflicto cada vez es más feroz, con la mayoría no partidaria capturada en el medio. La caída del régimen parece inevitable sólo con la fecha en duda. La perspectiva a corto plazo más probable es un deslizamiento al caos y el acantonamiento. Hay pocas posibilidades de una franca toma del poder por parte de los islamitas, aunque sólo porque los grupos islamitas están divididos, y los berberiscos (alrededor de un tercio de la población) y ciertas fuerzas de la oposición seglar se opondrían tenazmente a ello. Pero el efecto de un colapso del gobierno sería animar a los grupos islamitas en otros países. Aunque no habría un efecto dominó automático, los gobiernos de Túnez y Marruecos en particular, caerían bajo una creciente presión.

En Egipto, los extremistas han montado una campaña armada contra el gobierno, y han dañado el comercio turístico, privando a las autoridades de ingresos urgentemente necesarios. El repunte de la violencia, que comenzó a mediados de 1992, ha cobrado la vida de más o menos 800 egipcios y 8 turistas extranjeros. Ha sido contenido por medio de una dura respuesta de seguridad, pero la perspectiva política es más inquietante. Están aumentando las presiones económicas y sociales; hay creciente descontento con la corrupción endémica, y con los informes de baja moral en las Fuerzas Armadas; y el gobierno se está alejando cada vez más del pueblo. En lugar de ampliar su propia base política, el gobierno está tratando de desorganizar y reducir la influencia de la moderada Hermandad Musulmana, pero, al hacerlo, corre el riesgo de impulsar a los partidarios de la Hermandad hacia el extremismo. En Israel y los Territorios Ocupados los extremistas islámicos han opacado a los grupos seglares como fuente de oposición a los israelíes. En el Líbano, *Hizballah*, respaldado por los iraníes, ha continuado resistiéndose a la ocupación israelí del Sur de Líbano, mientras lleva también la violencia antiisraelí/judía más allá de las fronteras de Medio Oriente a través de actos de terrorismo internacional. Los acontecimientos recientes en Arabia Saudita y las revueltas en otros Estados del Golfo muestran que los países musulmanes acaudalados y conservadores no están inmunes a la agitación islámica.

El futuro a corto plazo

Es probable que el renacimiento islámico persista como fuerza social, cultural y política, porque las presiones económicas y populares que lo mantienen parecen tener la seguridad de continuar. En muchos países musulmanes, probablemente habrá una continua exigencia por un mayor contenido islámico en la vida pública, obligando incluso a

Es probable que el renacimiento islámico persista como fuerza social, cultural y política, porque las presiones económicas y populares que lo mantienen parecen tener la seguridad de continuar. En muchos países musulmanes, probablemente habrá una continua exigencia por un mayor contenido islámico en la vida pública, obligando incluso a los gobiernos que no tienen una inclinación religiosa especial, a adoptar un matiz más islámico por deferencia a la disposición pública...La creciente islamización contribuirá a un clima menos receptivo para cooperación con Occidente, y posiblemente habrá más expresiones activas de solidaridad en materias donde las políticas occidentales son interpretadas como antimusulmanas, aunque hay pocas posibilidades de que se atropelle la existente diversidad nacional, regional e ideológica entre los países musulmanes.

los gobiernos que no tienen una inclinación religiosa especial, a adoptar un matiz más islámico por deferencia a la disposición pública. En algunos casos, los gobiernos pueden decidir, como medio de evitar las manifestaciones más extremas de oposición radical, nombrar a islamitas para el sistema político, siguiendo el ejemplo de Jordania del Rey Hussein. Esto también tenderá a intensificar el tono islámico de la sociedad. La creciente islamización contribuirá a un clima menos receptivo para cooperación con Occidente, y posiblemente habrá más expresiones activas de solidaridad en materias donde las políticas occidentales son interpretadas como antimusulmanas, aunque hay pocas posibilidades de que se atropelle la existente diversidad nacional, regional e ideológica entre los países musulmanes.

Probablemente lo mejor que Occidente puede esperar es una tendencia evolucionista en estos términos. Pero se pueden visualizar otros argumentos, en los cuales la islamización podría acaecer en forma más rápida y violenta, y en formas más extremas. Donde los gobiernos no pueden entregar progreso económico, y continúan siguiendo políticas de coerción y exclusión política, habrá especial riesgo de radicalización, creciente violencia política incluso tomas del poder en forma violenta. Otro factor será el destino del proceso de paz de Medio Orien-

te; en tanto que su éxito podría abrir perspectivas para el crecimiento económico y la cooperación podría obrar en contra de la radicalización del Islam, a la inversa, su fracaso agravaría las tensiones internas en los Estados árabes directamente comprometidos, dejando a Jordania y a la Autoridad Palestina especialmente vulnerables a la presión islámica. Los regímenes que logren el poder en tales condiciones, probablemente serían aún menos manejables y más implacablemente hostiles al orden establecido y hacia Occidente.

¿Una nueva Guerra Fría?

Algunos observadores occidentales han sugerido que el Islam radical plantea una amenaza potencial comparable a la que Occidente enfrentó de parte del comunismo. La comparación es impresionante, pero tiene algunas deficiencias obvias. Primero aunque el Islam es un credo con una visión mundial, como el comunismo, su particularidad cultural y religiosa evita que una transformación mundial sea una proposición viable. Actualmente los islamitas tampoco están orientados hacia tal actividad. El concepto de *Jihad* en el uso musulmán contemporáneo denota acción militar en defensa del Islam bajo amenaza, y las guerras que los islamitas radicales han luchado recientemente —en Afganistán, Bosnia y Chechenia— han tenido como objetivo esta función defensiva, y no la extensión de las fronteras. El llamado al *Jihad* generalmente ha sido planteado por motivos nacionalistas, en lugar de específicamente religiosos.

Segundo, es difícil imaginar el surgimiento de un superpoder militar islámico que reemplace a la Unión Soviética. Aunque un acontecimiento como tal es teóricamente posible, dada la aplicación testaruda de las utilidades por el petróleo durante una cantidad considerable de tiempo, a un programa armamentista, es difícil ver cuál país cumpliría el rol. Dada su relativa debilidad militar y económica, parece poco probable que sea Irán o Sudán. Irak, que tenía el cuarto Ejército más grande hasta 1991, mantiene una considerable capacidad, pero es uno de los candidatos menos probables para una toma islamita del poder. Otros contendores estarían empezando desde una base muy baja.

Tercero, no hay un liderazgo islamita consistente. Irán, siendo shiíta y no-árabe, tiene pocas posibilidades de cumplir este rol. En el mundo sunnita, Arabia Saudita, aunque aspira al liderazgo religioso, no tiene inclinaciones antioccidentales bajo el mandato de sus actuales gobernantes. Actualmente, tampoco hay nada que corresponda a un “bloque” islámico extremista. Se efectúa cierta cooperación transnacional limitada entre los activistas islámicos, a menudo basada en la experiencia formativa compartida de la guerra contra las fuerzas soviéticas en Afganistán, de la cual hay veteranos comprometidos en muchos movimientos islámicos insurgen-

tes. Algunas operaciones terroristas islámicas, tales como el ataque con bomba al World Trade Center (Centro Comercial Mundial) en Nueva York, han demostrado capacidad de cooperación temporal de parte de activistas de una cantidad de países musulmanes. Pero gran parte de este contacto y cooperación es oportunista, e incluso si fuera a conducir a vínculos más estrechos entre los movimientos radicales, sería poco probable que resultara en el surgimiento de una potente fuerza transnacional.

Posibles amenazas para Occidente

Aunque la fantasía de una Guerra Fría está descartada, continúa habiendo válidas razones para considerar al Islam radical como una potencial amenaza para Occidente. En la mayoría de los casos, los islamitas consideran a sus propios gobiernos como sus objetivos principales; pero su hostilidad hacia la influencia occidental ubica potencialmente a los países occidentales y sus intereses como los siguientes en la línea de fuego. Su intento de desestabilización de los gobiernos establecidos, en sí mismo presenta una significativa amenaza indirecta a los intereses occidentales, ya que muchos de los gobiernos que desafían con mayor vigor son aquéllos con los cuales Occidente mantiene, al menos, tolerables buenas relaciones. (Irónicamente, la tolerancia occidental de los representantes islamitas en exilio puede ser una causa de desacuerdo en esas relaciones, como lo ilustra ampliamente la indignación saudita por las actividades del Comité para la Defensa de los Derechos Legítimos, con base en Londres.) El derrocamiento de estos gobiernos dejaría a Occidente, en el mejor de los casos, escaso de interlocutores favorables en Medio Oriente, y, en el peor, enfrentando a hostiles sucesores, que en algunos casos serían los herederos de valiosas existencias de armamento moderno.

La presencia de considerables minorías musulmanas en muchos países occidentales, también significa que el renacimiento islámico tiene directas implicancias para la armonía intercomunal y el orden interno. Las manifestaciones contra Rushdie y la controversia acerca del uso de pañuelos en la cabeza por parte de las jóvenes musulmanas en las escuelas estatales en Francia, ha llevado a conflicto a ciertos musulmanes con algunos valores democráticos occidentales como la libertad de expresión y (en el caso de Francia) la tradición estrictamente seglar del Estado. Además, los Estados de Europa del Sur, ya confrontados con serias presiones de inmigración desde África del Norte, causadas por el crecimiento de la población y la falta de desarrollo económico, temen que una ola de refugiados de la violencia en Argelia exacerbara las tensiones sociales y raciales existentes, y convirtiera a Europa en un campo de batalla para conflictos políticos importados.

Pero el extremismo islámico presenta amenazas para

Occidente más serias y más directas que éstas. Actualmente, la más preocupante es el terrorismo. Aunque los islamitas no tienen el monopolio de esta arma, su uso por parte del *Jihad* Islámico Palestino (JIP) y *Hamas* en Palestina y los Territorios Ocupados, por *Gama'at al Islamiya* y el *Jihad* Islámico en Egipto, por el Ejército Islámico de Salvación (EIS) y el Grupo Islámico Armado (GIA) en Argelia, por *Hizballah* en Líbano y en el extranjero, y por extremistas como los que pusieron la bomba en el World Trade Center de Nueva York en 1993; en Argentina en dos oportunidades, 1992 y 1994, y Londres en 1994, entre otros, ha llevado a su especial asociación con grupos islamitas. Una interpretación selectiva de la fe musulmana permite a tales grupos justificar la violencia terrorista y reclutar mártires para ataques suicidas. El precedente de Irán —con su historial de patrocinio estatal a *Hizballah* y otros grupos, sus asesinatos de figuras de oposición aprobados por el Estado, a menudo en tierra occidental, y la incitación de *fatwa* (decreto religioso) a los musulmanes para asesinar a Salman Rushdie— proporciona poca esperanza de que los islamitas en el poder cambien sus métodos. Aunque en los años recientes Irán ha frenado a sus agentes de los ataques directos a intereses occidentales, esta limitación se origina en razones de Estado y no refleja sus reales inclinaciones. Incluso ahora, si surgiera la oportunidad de asesinar a Rushdie o a un opositor clave, no se aprobaría, porque implicaría acción en un país occidental. Si en el futuro, Irán, o cualquier grupo extremista actuando independientemente, decidiera arreglar cuentas con Occidente, el terrorismo sería la primera opción natural.

Aún más grave, a largo plazo, sería la adquisición de armas de destrucción masiva (ADM) por parte de los regímenes extremistas islámicos. Los recursos técnicos y financieros necesarios para desarrollar armas nucleares son un obstáculo para su adquisición por muchos Estados, pero la mayoría de los gobiernos podría desarrollar armas químicas y biológicas. Nuevamente Irán es de especial preocupación en este contexto: ya tiene armas químicas y misiles balísticos, puede estar desarrollando armas biológicas, y aspira a tener armas nucleares. Dada su continua hostilidad hacia Occidente, no se puede excluir la posibilidad de que se pueda estar preparando para usar o amenazar usar tales armas. Pakistán tiene capacidad nuclear (desarrollada como reacción a la de India), y una cantidad de otros países musulmanes tienen programas de ADM. Éstas son de preocupación por sí mismas, y pueden convertirse en una seria amenaza si caen en manos de los extremistas islámicos.

En contraste, actualmente no existe una amenaza militar convencional en grado significativo. Irán tiene fuerzas militares considerables, como las tiene Sudán (en menor grado). Pero ambos están bajo apremio: Sudán,

de una mezcla de severas dificultades económicas y una guerra civil debilitante y larga; e Irán, de problemas económicos difíciles de manejar, que limitarán su habilidad para compensar sus pérdidas de equipo en la guerra Irán/Irak aunque la geografía y la posesión de armas contra fuerzas navales, incluyendo modernos submarinos, le da la habilidad de amenazar las rutas petrolíferas internacionales a través del Estrecho de Ormuz.

A falta de la amenaza de violencia, también podría haber amenazas económicas a los intereses occidentales,

Aunque el Islam es un credo con una visión mundial, como el comunismo, su particularidad cultural y religiosa evita que una transformación mundial sea una proposición viable. Actualmente los islamitas tampoco están orientados hacia tal actividad. El concepto de Jihad en el uso musulmán contemporáneo denota acción militar en defensa del Islam bajo amenaza, y las guerras que los islamitas radicales han luchado recientemente —en Afganistán, Bosnia y Chechenia— han tenido como objetivo esta función defensiva, y no la extensión de las fronteras. El llamado al Jihad generalmente ha sido planteado por motivos nacionalistas, en lugar de específicamente religiosos.

aunque probablemente éstas no son tan serias como lo parecen a primera vista. Si se fuera a derrocar un gobierno prooccidental en un significativo Estado exportador de petróleo, probablemente a corto plazo habría precios de petróleo más altos y fugaces, ya que los mercados responderían a los riesgos de las interrupciones temporales de abastecimiento a través, por ejemplo, de desórdenes civiles o el retiro de personal expatriado que trabaja en el petróleo. Pero sería poco probable que un régimen islamita en el poder dejara de vender petróleo, como lo ha demostrado Irán, ya que las utilidades del petróleo serían esenciales para su supervivencia. En cualquier caso, el mercado petrolífero tiene habilidad —aunque fluctuante— para absorber la pérdida incluso de un gran exportador como Irak; sólo la pérdida del suministro saudita significaría dificultades reales. Cualquier intento de parte de un bloque islamita para usar el petróleo como

arma contra Occidente, probablemente chocaría con los mismos factores de división y debilitamiento que han evitado que la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) opere como un cartel eficaz en los años recientes. Si no, siempre que tal bloque incluyera una cantidad significativa de exportadores de petróleo, probablemente tendría la capacidad para subir los precios, pero sólo hasta que otra producción de petróleo hubiera respondido a cierto costo a sí misma.

El ejemplo de Irán sugiere que la subida al poder de regímenes islamitas no conduciría por sí misma a una pérdida de mercados exportadores para Occidente: continuarían necesitando las mercaderías occidentales. Sin embargo, a largo plazo, una posible continuación de la intervención estatal en la economía en los campos nacionalista o de bienestar público, junto con las políticas antioccidentales, podría dañar sus perspectivas de crecimiento y hacerlos menos atractivos para la inversión interior. La consiguiente pérdida del potencial exportador occidental probablemente no sería especialmente seria en el caso de muchos países del Norte de África y Medio Oriente, con la excepción parcial de Arabia Saudita y los Estados del Golfo, que, en diversos grados ya están sufriendo dificultades económicas que tienen pocas posibilidades de mejorar. Debido a previas nacionalizaciones y políticas económicas estadistas, la provisión de inversión extranjera en la mayoría de los países de Medio Oriente es relativamente pequeña, de modo que haría poca daño con la expropiación, en caso de una toma del poder por parte de los islamitas. Hay mucho más en juego para Occidente en las economías del Sudeste Asiático, tales como las de Indonesia y Malasia, pero hay pocas perspectivas de tomas del poder por parte de los islamitas radicales en estos países.

Un régimen islámico que empieza podría sentirse tentado a no cumplir con las deudas externas, como gesto político contra los acreedores occidentales; pero la amenaza de perder acceso a mayor financiamiento probablemente desanimaría a la mayoría; Irán canceló casi todos sus compromisos prerrevolución, en tanto que Sudán, efectivamente en bancarota, aún reconoce sus deudas. También podría adoptar un estricto sistema bancario islámico (prohibiendo todas las formas de interés, y en lugar de ello, dando a los depositantes premios equitativos en las inversiones productivas); sin embargo, si es así, la amenaza sería principalmente a su propia prosperidad. Hasta ahora, el único intento de hacerlo (Pakistán a comienzos de los años 80) probó ser altamente dañino para la economía local. En otros lugares, el concepto ha sido interpretado flexiblemente para evitar al menos algunos de los peligros de no poner valor en tiempo al dinero; y por ejemplo, Irán y Arabia Saudita, operan especialmente con sistemas bancarios “occidentales”.

Radicalismo islámico a largo plazo

Cualquier intento de predecir el desarrollo a largo plazo del radicalismo islámico enfrenta todas las dificultades usuales, y debe ser, en realidad, algo más que conjeturas. Parece probable que tarde o temprano, los regímenes islamitas unirán las jerarquías de Irán y Sudán. Su cantidad dependerá del éxito que tengan los gobiernos ocupantes en la protección de las formas más extremas del desafío islamita, y la naturaleza de cómo llegan al poder (por la fuerza o a través de la urna electoral). Es poco probable que los regímenes islamitas sunnitas tengan un parecido estrecho con Irán, ya que los sunnitas no adoptan el concepto de mandato eclesiástico de Khomeini, ni aspiran a establecer Estados al estilo iraní, incluso si como oposición han estado preparados para aceptar ofertas de apoyo iraní. Pero su perspectiva podría ser ampliamente similar, y el desarrollo de Irán desde la revolución (aunque ésta es una distancia peligrosamente corta de la cual extrapolarse), puede ofrecer algunos indicadores hacia maneras en las cuales podrían desarrollarse.

Sería razonable esperar que los islamitas, parte de cuya ventaja actual yace en el hecho de que en la mayoría de los países su programa aún no ha sido sometido a la prueba de poder, enfrentarían desafíos imprevistos en el gobierno. Aunque ellos podrían comenzar creyendo que sus credenciales teológicas serían suficientes para establecer su legitimidad, proba-

blemente encontrarían que la condición fundamental para mantener el consentimiento popular sería su habilidad para hacer promesas de justicia social y mejoramiento económico. En la práctica, el último factor probablemente daría mayor importancia a la mantención de relaciones de trabajo con otras naciones de creencias totalmente diferentes. Hasta el punto de estar preparados para tomar los compromisos necesarios para hacerlo, sometiéndolo parte de sus inclinaciones ideológicas a los intereses económicos y políticos y modificando algo de su comportamiento más extremo y censurable, los regímenes islamitas se desarrollarían en dirección de mayor aceptación internacional.

Hasta qué punto ellos rechazarán este curso, probablemente fracasarían en la prueba de un gobierno eficaz, y posiblemente desaparecería su propio apoyo popular, llevándolos a recurrir a la represión para mantener su control del poder. De hecho, podrían tornarse en regímenes autoritarios, demandando sanción religiosa para la supresión del desacuerdo interno y las políticas de línea dura hacia el mundo exterior. Aunque sin duda eventualmente serían expulsados, el intervalo, que podría medirse en décadas, probablemente sería difícil y muy incómodo para los países occidentales y los gobiernos moderados en otros lugares. Podría haber un alto precio que pagar antes de que el péndulo se inclinara a favor de interpretaciones más moderadas del Islam, dejando, finalmente, desprestigiados a los extremistas. **MR**

NOTAS

1. Abbagnano Nicola, *Diccionario de Filosofía* (México: Fondo de Cultura Económica, 1974); Mora Ferrater, *Diccionario de Filosofía Sudamericana*, Tomo 2 (Buenos Aires, 1975); André Lalande, *Vocabulario técnico y crítico de la filosofía*, tomo 2 (Buenos Aires: El Ateneo, 1953).
2. María Moliner, *Diccionario de uso del español*, tomo 2 (España: Gredos, 1981).
3. *Historia de las Religiones*, tomo 12 (España: Siglo XXI, 1981).
4. Pike Royston, *Diccionario de Religiones* (México: Fondo de Cultura Económica, 1966), pág. 196.
5. "The Unacceptable Side of Israeli Policy Is the Desire for Expansion, in the Name of Historical-Religious Right (And expansion, how far? The Old Testament could take Israel right up the Euphrates)", *The Economist*, (7 de agosto de 1982, vol.

- 284, número 7249).
6. Adolph Lods, *La Religión de Israel* (Buenos Aires: Hachete, 1940), pág. 50.
7. Diario *La Nación* (Buenos Aires, 25 de enero de 1970).
8. Raymon Aron, *Democracia y Totalitarismo* (Barcelona: Seix Barral, 1986), pág. 264.
9. Fue el Papa Gregorio VII, en el año 1073, quien sancionó la teocracia papal: El Papa tiene el poder de deponer a los emperadores.
10. Diario *La Nación* (Buenos Aires, 3 de abril de 1994).
11. Bertrand Russell, *La perspectiva científica* (Barcelona: Planeta Agostini, 1986), pág. 70.
12. Pierre Teilhard de Chardin, *El fenómeno humano* (Madrid: Taurus, 1974), págs. 364-365.

El brigadier José Cerda Bozzo es oficial del arma de Infantería del Ejército de Chile, especialista en Estado Mayor, Magister en Ciencias Políticas, Inteligencia, Intérprete en portugués y profesor militar. Su artículo, "Los Medios de Comunicación Social: Su Papel Ético Profesional", apareció en el número de mayo-junio de 1996 de Military Review.